

nuestros ojos el héroe de Vivar como el verdadero representante de la nacionalidad española, á cuya voz prodigiosa se exaltan todos los instintos generosos del pueblo que combate al par por su religion y por su independencia. Agrupada á su alrededor la raza de héroes que sigue sus victoriosas huellas, y cuya especial fisonomía hemos bosquejado, nos ha sido posible comprender la vida activa y belicosa que llevaban nuestros mayores, sorprendiendo, digámoslo así, las libres y pintorescas costumbres, los tiernos y magnánimos sentimientos, y finalmente, las vigorosas y ardientes creencias¹, que sirven de base al caballerismo castellano, dife-

recordando cuanto llevamos estudiado respecto de ambos puntos, y teniendo en cuenta lo añadido en este capítulo, decidirán si puede admitirse, y menos sostenerse tan extraño raciocinio, por más que llegue á deslumbrar á los ingenios fáciles y á seducir á los semi-doctos.

1 Hemos procurado, tanto al examinar este singular monumento como la *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo*, dar á conocer los principales rasgos de creencias, sentimientos y costumbres, propios de la edad en que fueron aquellos compuestos. Nuestras observaciones, como subordinadas á la necesidad de no exceder de límites determinados, estan muy lejos de revelar todos los tesoros especiales que en orden á dichos puntos encierran las expresadas obras. El muy entendido Mr. Damás-Hinard, con una diligencia digna de todo aplauso, ha procurado en las *Notas literarias é históricas*, que avaloran su traduccion del *Poema*, ilustrar esta parte interesantísima de tan raro monumento. Fijas sus miradas en el ya anunciado propósito de buscar y establecer analogías con las costumbres reveladas por los poemas ultrapirenaicos, tarea en que se le han hermanado ya otros críticos, respecto de la *Chanson de Roland*, tantas veces citada, ha perdido sin embargo de vista muchos y muy preciados veneros de las costumbres, de los usos, de las creencias y de los sentimientos, nacidos en el seno de la civilizacion española, como flores espontáneas de nuestro suelo. El *Poema de Mio Cid*, así como la *Leyenda*, convidan por tanto á los doctos con sus no quilatadas riquezas arqueológicas, á ensayar una edicion crítica de entrambos monumentos, donde demás de sus nativas bellezas literarias, se den á conocer todas esas inestimables relaciones de la vida civil, política, religiosa y militar de nuestros mayores.—Dícese que la Real Academia de la Lengua tiene resuelto algo sobre este punto: ninguna corporacion está en efecto más obligada á ilustrar los primitivos monumentos de la poesía española; y si la resolucion indicada fuese cierta, podrian felicitarse al cabo las letras patrias de poseer una edicion perfecta del *Poema de Mio Cid*, probando que no es esta obra tan menospreciada en España como han pretendido ciertos críticos extranjeros.

rente, como dejamos repetido, del caballerismo de otras naciones. Quilutados tambien los medios expositivos del arte, reconocidas sus formas exteriores, hemos admirado en el *Poema de Mio Cid* á pesar de la aparente irregularidad y rudeza de las mismas, situaciones en suma interesantes, escenas verdaderamente patéticas, y frescas y enérgicas pinceladas. Estas situaciones, estas escenas y estos rasgos nos han dado idea elevada de aquella poesía, que aun luchando contra tantos y tan poderosos obstáculos, logra sobreponerse á ellos, preparándose de esta manera á recibir bajo sus victoriosos pendones todos los elementos que han de contribuir muy luego á enriquecerla (bien que apartándola de su nativo cauce) y á hacer ya más conocidos sus autores¹.

1 Entre las muchas hipótesis de más ó menos importancia hechas hasta ahora sobre el *Poema de Mio Cid* y sobre su autor ó autores, recordamos arriba la que ofrece como probable que fué escrito por dos pajes del héroe: añádesse que fueron estos de raza árabe, suponiéndose que entraron á su servicio en la primera juventud, cuando frisaba ya Ruy Diaz con los últimos años de su vida. Si dada la verosimilitud de la primera hipótesi, pudiera admitirse por un momento la segunda, y lo fuera igualmente la indicacion que hace Rodriguez de Castro respecto de los *Libros de Isaaque* y de las *Cartas de Rabbi Samuel Jehudi* (*Biblioteca Rabínica*, tomo I, arts. correspondts.), presentaria la literatura española el raro fenómeno de deber los primeros monumentos en prosa y uno de los primeros y más importantes en verso, á los dos pueblos que moraban con nuestros mayores en la Península Ibérica y á quienes más entrañablemente odiaban. Pero ni la indicacion de Castro puede sostenerse, segun antes de ahora hemos probado (*Estud. hist., polit. y lit. sobre los Judíos de España*, Ens. II, cap. I), ni existe documento ni vestigio alguno por donde pueda autorizarse la relativa á la naturaleza arábica de los indicados pajes. Ni hay mayor fundamento en la lengua empleada en el *Poema*, pues aunque escritores poco reflexivos han pretendido en él hallar por todas partes las huellas de la influencia mahometana, estudiado maduramente el referido *Poema*, bajo esta importante relacion (y en esta parte coincidimos en un todo con la opinion del docto Damás-Hinard), no pasan segun ya advertimos (*Ilustracion II.ª*, pág. 399 del tomo precedente), de un breve número las voces arábicas que descubrimos en toda la obra (*Intr. au Poème du Cid*, pág. XLVIII). En cuanto á la hipótesi relativa á los servidores del héroe, la cual ha podido hallar cierto apoyo en la anecdota en que se funda la redaccion de la *Crónica* en prosa, conforme en su lugar veremos, parécenos bien indicar que pudo tener nacimiento en la circunstancia, ya notada por nosotros, de mencionarse con elogio, especialidad y frecuencia, así las principales poblaciones de las comarcas de Aragon y Va-

Estudio es este que nos cumple comenzar en el siguiente capítulo.

lencia, como los castillos, fortalezas, torres y casas fuertes fronterizas de Castilla. Pero justo es repetirlo: todo esto, que no carece de algún valor respecto de haber sido ó no compuesto el *Poema de Mio Cid* por alguno de sus partidarios ó admiradores, y aun respecto del territorio en que pudo ser escrito, punto que arriba tocamos con la circunspección que pide este linaje de investigaciones, nada ó muy poco significa en cuanto á la invención de los *pajes árabes*.

CAPITULO V.

PRIMEROS MONUMENTOS ERUDITOS DE LA POESÍA VULGAR.

Primera trasformación del arte vulgar.—Causas que la producen.—Movimiento general de la civilización española á fines del siglo XII y principios del XIII.—Maravilloso progreso de la reconquista.—Nueva dirección y desarrollo de los estudios.—Establecimiento de escuelas públicas;— en Castilla,— en Leon,— en Aragon.—Influencia de tan memorables sucesos en la sociedad y en la esfera del arte.—Carácter de esta influencia.—Contradicciones entre el instinto de la ciencia y la actualidad poética de Castilla.—Divorcio entre doctos y populares: en el fondo; en las formas.—Monumentos intermedios.—Exámen del poema anónimo sobre la Disputación del Cuerpo y el Alma.—Primer poeta erudito de nombre conocido: Gonzalo de Berceo.—Sus obras.—Medios expositivos de las mismas.—Situación literaria de Berceo.—Su representación moral y religiosa respecto de la sociedad española.—Su mérito literario.—Índole principal de sus producciones.—Formas poéticas que en ellas dominan.—Formas de lenguaje.—Nueva fisonomía del habla castellana, erigida ya en lengua literaria.—Resúmen.

El estudio de los primeros monumentos escritos de nuestra literatura, dándonos á conocer los verdaderos albores de la civilización, que llega á tener por centro la monarquía castellana, nos ha mostrado al mismo tiempo hasta qué punto y con cuánta fuerza se reflejan en las referidas obras todos los elementos de vida